

Caminos de tierra y mar

UTRIA, PARAISO SOLITARIO — LA PAREJA ROMANTICA.
LA FRUSTRADA AVENTURA DEL COLONIAJE — OTRA VEZ LA SELVA.
AISLAMIENTO, DISTANCIA, FALTA DE VIAS

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

La jovencita tenía ese aire tímido y vagamente patético de las dulces amantes recién iniciadas. No era más que una muchacha de limpios ojos oscuros y poblada cabellera negra que le caía, un tanto desordenada, sobre los morenos hombros de adolescente. Bajo la blusa de algodón le florecían —a la vez recatados y evidentes— unos senos chicos, firmes, valerosos. Tenía el cuerpo espigado, esbelto y lleno de gracia. La falda inquieta, bien ceñida a la estrecha cintura se detenía en las rodillas juguetonamente, y las piernas desnudas terminaban en unos tobillos encantadores, en unos pies pequeños, calzados con zapatos de caucho y lona.

Cuando a las once de la mañana la motonave “Río Jurubidá”, atracó por fin en la tranquila orilla, frente al rancho abierto, el hombre, el dueño de aquella amable criatura, salvó las cuatro gradas de la empinada escalera de troncos y vino a saludarnos hasta la playa de menuda grava.

Tendría veintiocho años. Era un mozo fornido, retostado, de mediana estatura, con el pelo crecido y una barba de ocho días, capilares detalles de los cuales parecía sentirse satisfecho, con esa especie de pueril satisfacción del hombre ciudadano que por un tiempo ha sacudido la esclavitud del rasurado cotidiano. Iba descalzo y se cubría solamente con una ajustada pantaloneta negra de satén.

Cuando mis compañeros y yo subimos al entarimado de palma, un metro y medio sobre el nivel de la arena, hincado sobre pilotes de guayacán; cuando ofrecimos nuestros preciosos cigarrillos “Pielroja” y mi esposa —espléndida— ofreció su gran caja de galletas y dulces, la amistad se hizo casi estrecha en diez minutos. Y mientras todos bebíamos alegremente el pésimo café de aquella pareja romántica, cara al mar indecible, purísimo, sereno, hondo, tuvimos de nuevo a Utría, su prodigiosa ensenada verde-azul,

arremansada entre dos montañas. A Utría, uno de los más bellos recodos marinos del universo. Más lindo cuanto más agreste. Más solemne cuanto más callado. Utría convertido al fin y solamente en un desmesurado paraíso de amantes.

Solo eso. Cuando de pie, a su espalda, detrás de la banqueta ocupada por él, la muchachita enternecida pasó su mano larga sobre el hombro derecho del varón y acarició fugazmente aquella barba de fugitivo, comprendí que mi vieja playa, tan recordada y tan amada era eso y nada más (ni tampoco nada menos): un paraíso indecible para dos amantes, cuya ventura, rica de todo, solo había menester, eventualmente, de un paquete de cigarrillos.

UTRIA, PARAISO SOLITARIO

Este rancho es el de mi compadre Lemus, el padre de un muchachito moreno de nueve años que lleva mi extravagante nombre. He traído de Manizales un regalillo para el ahijado, pero al pasar por El Valle me he enterado de que ya los Lemus no viven aquí. Fueron los últimos en marcharse, pero de todos modos se han marchado.

Hace apenas nueve años —la edad de un niño que ahora va a la escuela de las monjitas de El Valle— la ensenada de Utría, en playa del Chocó, en aguas del Océano Pacífico, era una esperanza portuaria, agrícola, maderera. Afluyeron a ella colonos nuestros, gentes de Caldas, nietos o bisnietos de aquellos que vinieron del norte paisa, con mujer e hijada y perro entramojado a la zaga a colonizar el Quindío. Tomás Mejía Serna y yo, durante un año hermoso e ilusionado, realizamos una promoción de viajes en hidroavión. Acuatizamos decenas de veces en estas aguas.

Hely Mejía Trujillo, recién casado, había clavado un rancho cerca de este mismo sitio. Elvia González, viuda, menudita, llena de coraje, sin más compañía que su pequeño hijo, trabajaba la tierra, sembraba sus matas, cuidaba de su mejora. Estaban los Lemus y otros nativos. Y estaba, sobre todo, la Compañía Maderera de Utría Ltda., con su casa grande de administración y sus cobertizos de aserrío.

Los turistas de Tomás y yo nos alojamos muchas veces en aquella casa. De ella salió a tomar su canoa José Carlos Angel, la mañana de aquel lejano abril en que pescó cerca de "Morruemico" el más grande pargo rojo de toda su gloriosa carrera de pescador. Había gente, canoas, motores fuera de borda, yates de placer, veleros de cabotaje.

Todo esto pertenece al pasado. Parece cosa de mal sueño. Antes de tomar tierra frente al rancho de mi compadre Lemus, que ahora sirve de refugio a los tortolillos medellinenses, hemos orillado la ensenada entera para tratar de identificar el sitio exacto de cada vivienda desaparecida. Nada queda. En el lugar donde se levantaban los edificios de la maderera, crecen algunas plantas caseras, ahogadas por la maleza. Sobre ellas desborda, trabajosamente, la rama florecida de una astromelia doble.

Nada queda de aquella precaria escaramuza civilizadora. Los desmontes, las siembras que entonces se hicieron —hacia 1955— en todo un lustro de brega, de privaciones, de soledad, de hambre, de intemperie, han desaparecido. ¿Cómo pudo ser? Habían sembrado bananos, arroz, cocoteros, árboles frutales. Los habían sembrado con sus propias manos y ya eran sementeras casi prósperas cuando dejé de verlas. Nada queda ahora. Los rastrojos que invadieron aquellas mejoras se alzan ya casi tan altos como la primitiva selva virgen. Tan grandes como parecían y qué pequeñas eran en verdad. Solo las diferencia y define dentro de la inmensidad vegetal un verdor menos intenso que el de las frondas milenarias. Y, a veces, una palma, unas cuantas palmas que sobreviven.

AISLAMIENTO, DISTANCIA, FALTA DE VIAS

Todo se hizo al azar, espontáneamente, sin estudios previos, sin planificación, contra toda prudencia. Del mismo modo como se siguen haciendo tantas y tantas cosas en Colombia, en todos los órdenes. En Caldas, en Antioquia, en el Valle, había unas gentes que se acordaban o que habían oído hablar de la colonización del Quindío hace tres cuartos de siglo. Sus propios antepasados habían corrido la aventura. ¿Por qué no repetirla?

Pero los tiempos son otros. Por razones que resultarían muy largas de enumerar, aquella inverosímil hazaña de los abuelos antioqueños que echaron hacia el sur, cruzaron el río Arma y llegaron finalmente a la hoya del Quindío, azarosa y misteriosa, no puede realizarse de nuevo. Sencillamente no es posible hacer una cosa así, sin elementos siquiera mínimos. Así fracasaron las colonizaciones del Baudó y de Utría. Cuando a los corajudos aventureros les fue ya de todo punto imposible continuarla por absoluta falta de medios, abandonaron sus parcelas o las vendieron por cualquier cosa y se fueron con su música a otra parte. La selva recobró sus derechos y volvió a cerrarse sobre la temporal y efímera conquista del hombre.

Y aparte de eso la falta de vías de comunicación y quien sabe qué otros factores —la eterna falta de planificación a que atrás se ha hecho mérito— han ocasionado en toda la región, desde Bahía Solano hasta Jurubidá, otros cuantiosos desastres: La Compañía Agrícola Industrial de Utría Ltda., al suspender actividades perdió todo su capital de trabajo y el valor de sus instalaciones abandonadas. La Pesquera Hofmann, en Bahía Solano, cuyos equipos de refrigeración y otros valiosos elementos he visto con mis propios ojos invadidos por la maleza, está embargada y a punto de perderse total y definitivamente. La Bananera del Pacífico, en Jurubidá, que llegó a tener extensas plantaciones de banano, producción de harina de plátano y engorde de cerdos, suspendió inopinadamente actividades y ya hoy sus sementeras están por completo perdidas e invadidas por la selva. Sus propietarios medellinenses —los Echavarrías también se equivocan— se marcharon de Jurubidá hace dos años.

Utría, Chocó, 1965.